

Nuestros archivos vascos

Carmen Torres Ripa

SI YO TUVIERA un archivo valioso en mi casa –es un suponer– y quisiera que mis documentos permanecieran, lo entregaría a un fondo de documentación vasco. No se me ocurriría enviar mi legado a Cartagena, porque yo vivo aquí. Pero si, por un casual desgraciado, hubiese una amenaza de guerra y temiera la desaparición de mis papeles, me ocuparía de que llegaran a una biblioteca ajena a Euskadi para que guardaran temporalmente mi tesoro. Cuando la situación bélica terminara –seguimos en elucubraciones– mi obsesión sería recuperar mi legajo y guardarlos dentro de un archivo vasco.

Pues lo mismo, pero más importante, más trascendente y más imprescindible para la historia, la propia historia de Cataluña, ha ocurrido en Salamanca. Las tropas franquistas se apoderaron de ellos y los llevaron a Salamanca. Me desespera la continua cerrazón de esta ciudad –cito la ciudad, eminentemente culta, como un todo de un problema– sobre unos documentos que no son suyos sino de los catalanes.

Como España sufría la guerra civil, se guardaron en Salamanca. Ahora, con la normalidad que la posesión da a los dueños, se pide la devolución. Una devolución vista con buenos ojos por el propio Gobierno. El Ministerio de Cultura preparó los furgones para la “repatriación” de más de 500 cajas de libros y documentos.

Ya saben ustedes la continuación. Un bando municipal, como en la Edad Media, prohibió que ese legado catalán saliera de Salamanca. No entiendo nada.

Esta noticia descabellada me lleva a contarles que el País Vasco tiene los más deliciosos, valiosos y minuciosos archivos. Durante un tiempo he visitado una parte de ellos y mi gesto continuo, ante la riqueza, ha sido de asombro, sorpresa, ilusión y complacencia. La historia de nuestra tierra está en buenas manos.

El primer archivo que conocí fue Lazkaoko Beditarrak. Aita Juan José Agirre me enseñó el trabajo de su vida. Casi todo lo que ha ocurrido en los últimos siglos está recogido en volúmenes antiquísimos, bellos, inquietantes y únicos. Algunos encierran en sus lomos la piel de un rebaño entero. «Cada página –les contó Aita Agirre a mis nietos Aitor y Mónica– es una oveja. Hace muchos años no existía el papel, era muy costoso hacer un libro y...». Acariciaba con mimo el tesoro incalculable de aquella pieza que duerme en paz en una estantería del monasterio benedictino. También conocí la Fundación Sancho el Sabio en Vitoria. La tecnología y la profesionalidad se han encontrado en las paredes de un palacio alavés. Miles de libros de la historia vasca, perfectamente clasificados, digitalizados y disponibles en internet. La historiadora Carmen Gó-

mez dirige este archivo sofisticado y selectivo. Hay salas espaciosas, iluminación perfecta y continua puesta al día.

En la Fundación Sabino Arana “Artxibo Artea” están recogidos los avatares del Nacionalismo Vasco desde su nacimiento. La documentación permanece recolectada y ordenada con devoción religiosa. Poetas vascos, como Lauaxeta, recuerdos íntimos del lehendakari Agirre, objetos personales de José María Leizaola... Irune Zuluaga y Eduardo Jáuregui custodian este legado con amor y profesionalidad.

En el Instituto Labayru Ikastegia, Ander Manterola ha recogido las palabras pronunciadas en el secreto de los muros de los caseríos, los rumores de las aldeas más remotas y hasta los cuentos y mitos ancestrales de nuestros antepasados. Todo lo publicado, o casi todo, en los últimos años del País Vasco, se almacena con esmero. Desde los más difíciles libros para consultas hasta tratados de astrología y lengua vasca. Además hay periódicos, revistas, folletos, incluso pegatinas y carteles, clasificados por años, épocas y tendencias. Un trabajo de muchos miles de días. Ander ha rescatado con Jon Eloorriaga, junto al infatigable Luis Ángel Gainza (si hubiera un título

para este hombre desinteresado habría que nombrarle archivero mayor de Euskadi) y un grupo de jubilados que dedican todos los lunes del año a clasificar material.

En Euskaltzaindia, Azkue Biblioteca Artxibo, más modestamente, se guardan los misterios de la lengua euskérica, su nacimiento en aquella noche de los tiempos que no se acaba de encontrar. Volúmenes exclusivos, tratados gramaticales y toda la trayectoria de cómo se creó esta Academia de la Lengua Vasca, ubicada en el corazón de Bilbao, mirando a la Plaza Nueva del Casco Viejo.

Euskadi tiene los más deliciosos, valiosos y minuciosos archivos. La historia de nuestra tierra está aquí y en buenas manos

Aún me quedan por conocer: Eusko Ikaskuntza, el departamento de Estudios Vascos de la Universidad de Deusto, la Biblioteca-ArxiBo Diputación Bizkaia, el Artxibo Belloc en Iparalde, Artxibo Eusko Legebiltzarra, Xepelar Dokumentazio Zentroa en Donostia, el archivo musical Eresbil, la hemeroteca de la Universidad de Leioa, la Biblioteca-Artxibo Municipal de

Bilbao, el Museo de Arte Historia de Durango y hasta el Center for Basque Studies de la Universidad de Nevada.

Entre todos estos departamentos documentales la historia de nuestros antepasados se almacena en miles de estanterías, con bibliotecas abiertas a quien quiera consultarlas. Con estos fondos se han escrito tesis doctorales en alemán, inglés, francés, chino, ruso y japonés. De los más insólitos rincones del mundo han acudido estudiantes, lingüistas y antropólogos para buscar información y documentación de base para ensayos, novelas y tratados. Incluso directores de cine han encontrado la ambientación de la época que querían recrear en estos archivos vascos.

Y usted me preguntará ¿dónde tienen que estar los archivos vascos? Por lógica, no por deseo “separatista”, en nuestra tierra. En Galicia les interesarán las tradiciones gallegas, en Andalucía las costumbres andaluzas, en Valencia las valencianas... Y así podríamos hacer un listado de autonomías, por eso me entristece está extraña polémica salmantina. Un sencillo “problema” de puntualidad

ha permitido que los furgones entren hasta la puerta –no al interior del recinto– sin problemas y obstrucciones administrativas locales –el alcalde Julián Lanzarote(PP) pensaba resistirse con la ayuda de la Policía Local y poder recoger las más de quinientas cajas–. A las seis de la mañana del jueves, 19 de enero, parece que nadie del ayuntamiento había madrugado para impedir la salida. Imagino una ligera sonrisa traviesa en los labios de los chóferes que hicieron posible el traslado. Incluso las furgonetas y los coches que escoltaban el convoy tuvieron que ir camufladas para evitar sabotajes. Han sido los mensajeros de la cordura.

Pero a cada historia le cuesta volver a su lugar de origen. Hasta que la Providencia lo permite sin más impedimentos, los miles de millones de letras que esconden cada caja –hoy depositadas en cajas fuertes en el Ministerio de Cultura de Madrid– llegarán a Cataluña. Lo que no sé es cuándo. La Audiencia Nacional ha paralizado el traslado. Mañana, día 24, han citado a los abogados para decidir si levantan el bloqueo.

La Generalitat, cuando Dios lo permita, quiere abrir una exposición de “los papeles de Salamanca” en el Palau Moja de Barcelona.

HISTORIA DE ESPAÑA

Ángel Rekalde

A MENUDO hemos hablado de la historia y el papel que juega en nuestras vidas globalizadas y contemporáneas. Y mientras nosotros, puntillosos, escrupulosos, confusos, no acabamos de decidir si tenemos un pasado, una identidad, un pueblo, el Estado que nos ocupa por el sur trabaja día y noche en inventarnos un relato fabuloso. Esta vez la Academia de la Historia, con presupuestos inmensos a cargo del Ministerio de Cultura, prepara el Gran Diccionario Biográfico de la Historia de España. 40.000 españoles, grandes patriotas, aparecen con pelos y señales en ese magno proyecto. Desde los tiempos de Maricastaña. Según los resultados, el botijo ya era español en la época de los faraones, en Atapuerca y si me apuran cuando el meteorito acabó con los dinosaurios. Veamos algunas de las entradas que componen el santuario español.

Boabdil, hijo del rey nazarí Muley Hacén y la princesa Fátima. Vencido y expulsado de su reino. Nacionalidad, granadino. De él se cuenta que, al abandonar la ciudad, derrotado, tuvo que oír: “Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre”. Proscrito del territorio que conquistaron los reyes católicos.

Maimónides, matemático, astrónomo y físico, natural del califato de Córdoba, judío, rabino principal de El Cairo y médico personal de Saladino. En su Guía de los perplejos intenta armonizar las creencias del judaísmo con los principios de Aristóteles en su versión árabe. Es tan español como las doce tribus.

El Greco, que sí es cierto que pintó algo en la corte española. Sin embargo, Domenikos Theotokopoulos nació en Candía, isla de Creta, bajo la soberanía de la república de Venecia. Es tan español como el Minotauro o el laberinto. Para quien le interese el dato, siempre firmaba en griego. Muchos de sus cuadros se exhiben en el Museo Metropolitano (de Nueva York, por si acaso).

Athualpa, rey inca, del territorio que hoy llamamos Perú. Enfrascado en una lucha por el poder con su hermano Huascar, fue engañado, capturado, secuestrado, pesado en oro, esquilado y asesinado por el bandolero español Pizarro. No se le conoce otro vínculo con el imperio hispano.

Aníbal Barca, natural de Cartago, ciudad cuyas ruinas ni siquiera existen. Las actuales son romanas. Delenda est Cartago. Fue el genio militar que dirigió las tropas contra Roma en las guerras púnicas.

Atravesó los Alpes con su ejército de elefantes y mercenarios, en una extraordinaria epopeya, y derrotó en infinidad de combates a los romanos. Pero no entró en Roma, aunque la tuvo al alcance de la mano. Es tan español como el rey Faisal, que veraneaba en Puerto Banús.

Cristóbal Colón, natural de Génova, pirata de los mares y mercenario que a bordo de tres barcos con tripulantes guipuzcoanos llegó a las costas del otro lado del Atlántico. Aquel desembarco fue funesto, y en el siglo que siguió el genocidio español, el mayor de todos los tiempos, acabó con cien millones de americanos.

Juan Sebastián Elkano, marinero de Getaria que, embarcado a las órdenes del portugués Magalhaes, dio la vuelta

al mundo. El primero. Volvió a su pueblo hecho unos zorros; nunca recibió su salario y sus deudos y familiares pleitearon durante años contra la hacienda española. Le fue bien empleado, por juntarse con chorizos.

Lucio Séneca, filósofo cordobés de la época del imperio romano. Prefecto en Egipto y exiliado en Córcega. Tutor de Nerón en Roma y amigo de Burrus. Su obra “Sobre la brevedad de la vida” está dedicada a la ira, y puede ser la única alusión que dedica en vida a la idea de ser considerado hispánico.

Cayo Julio César, emperador romano, conquistador de las Galias, vencedor de Pompeyo (para desconsuelo de su ciudad, Pompei-iluna; hoy Pamplona). Pasó el Rubicón; llegó, vio y venció. Murió a manos de un Bruto. No está claro que pasara siquiera por Puerto Banús.

Santxo, el de Peñalén, o Santxo VII Azkarra, o Blanca de Navarra, o cualquier otro de la lista. Como el resto de los reyes navarros, reinaban en Iruñea. No vamos a ponernos monárquicos. Pero no hay modo de entender qué pintan (a diferencia de El Greco) en la lista de los reyes godos.

Averroes, filósofo árabe, nieto del Cadí de la Gran Mezquita y médico del califa cordobés. En su obra intentó conciliar la teología musulmana –credencial– con el pensamiento aristotélico –racional–. Un intento, se vea como se vea, nada hispánico ni castellano.

El emperador Augusto, el libertador Bolívar, Abderramán, Francisco Javier, etc, etc. Es una lista alucinante, los supuestos españoles. Por cierto, no hay ningún negro. ¡Hasta ahí podríamos llegar!

Mejor les iría si se quedaran con Franco, Luis Candelas, Cánovas del Castillo, con Aznar, con Josemaría el Tempranillo... De verdad, con los suyos.